

Regla de Tres

Eliseo Alberto

Para Antonio *Tony*Somoza,
que me pidió que yo escribiera esta historia.

I

A los cuarenta y seis años de edad, Gladis Villalba, divorciada y profesora de matemáticas en una escuela de Secundaria Básica de La Víbora, tuvo por fin la triste oportunidad de ser feliz. Un buen día de junio de 1985, Rigo El Cojo, cartero del barrio, tocó a la puerta del departamento de Gladis para entregarle una carta. Una carta sellada en algún lugar de Andalucía. Por primera vez en muchos años, Rigo El Cojo traía algo que no fuese el recibo mensual de la luz o la cuenta del teléfono. Gladis por poco se vuelve loca. Alguien que decía ser su primo lejano, y que aseguraba llamarse don Ignacio Mendoza y Villalba, la invitaba a visitar tierras de España durante las próximas vacaciones de verano. Decía más. Mucho más. Al parecer, don Ignacio Mendoza y Villalba y Gladis Villalba eran los principales herederos de una supuesta fortuna que desde fines del siglo diecinueve había comenzado a crecer como una pelota de nieve. El trámite, puramente formal, requería de su presencia ante los tribunales competentes de la península. Por tanto, afirmaba su pariente con un tono de franca familiaridad que no pasó inadvertido a la calculadora profesora de matemáticas, el viaje permitiría, además, la suerte de conocerse. “Mi casa es tu casa”, concluía la misiva, que firmaba “Ignacio, tu primo andaluz”. A Gladis le temblaba la carta en la mano. Sintió taquicardia. Comenzó a barrer el departamento de punta a cabo, a arreglar una y otra vez los trastes en la cocina, a buscar en los cajones el viejo álbum de fotos de la familia. No cabía en la casa. La noticia de que podría ser rica

no era lo que la impresionaba de esa angustiada manera. Lo que le hacía temblar como una adolescente era el sentimiento arrasador de que no estaba sola en este mundo.

La Gladis Villalba que regresó de España era muy distinta a la Gladis que algunos pocos vecinos del barrio habían despedido tres semanas antes en la acera del edificio multifamiliar donde vivía. En ese breve tiempo, no sólo había reactivado el uso de la zeta, y la palabra zapato, por ejemplo, la pronunciaba con un arrastre de sílabas casi deleitoso, sino que venía llena de planes, ilusionada, con las mismas ganas de vivir que había perdido la noche que Ernesto Martínez Catalá, su esposo, acaso el hombre de su vida, le dijo a quema ropa que se iba a divorciar de ella para casarse con Laura, su mejor amiga. Gladis se fue amargada y regresó feliz. A todos sus vecinos les trajo un presente. Para ella, justo es decirlo, apenas se compró un vestidito y unos libros de aritmética. Un radio portátil para Totó, una carterita de cuero para Edelmira, unas mallas de calentamiento para Miriam la cabaretera, unas bujías Titanic-Plus para Armando el taxista, unos jabones de tocador para Teresa, la encargada del edificio, un disco de chistes para el ocurrente Anibal, inventor de cuentos, y hasta un bolígrafo Parker para Ernesto, a quien no veía desde hacía unos doce años. Había enterrado sus rencores.

Y es que el viaje resultó una experiencia maravillosa. Las fotos no la dejarían mentir. Gladis junto al río Guadalquivir, Gladis en Cádiz, Gladis en la Plaza de Toros, Gladis en Málaga, Gladis en Sevilla, Gladis en un tablado andaluz, Gladis en

Este cuento inédito de Eliseo Alberto surgió como un proyecto de largometraje.



"El cubano es así. Si no da lo mejor, prefiere no dar"

una playa de Menorca, Gladis en una callecita de Toledo, comprando una espadita de plata a Rigo El Cojo, Gladis en Almería, Gladis en Córdoba, Gladis en Madrid, Gladis en Galerías Preciado, Gladis en la Gran Vía. Esos fueron, entre otros, los escenarios principales de su inesperada felicidad.

"Qué suerte la tuya", dijo Edelmira, no sin envidia. Pero la alegría suprema, confesó Gladis a sus atónitos interlocutores, fue conocer a don Ig-

nacio Mendoza y Villalba, todo un caballero español, tan fino y culto don Ignacio, y conocer, además, al resto de su familia española, entre otros a José Manuel, abogado, y a Paloma, estudiante de Administración Hotelera, dos auténticas joyas humanas. Tanto era el entusiasmo de Gladis, y tantas sus ganas de demostrar sus éxitos en tierras de Cervantes, que llegó a decirle un par de mentiras que, luego, habrían de costarle demasiado caro. Una de estas mentiras innecesarias fue decirle a sus vecinos de La Habana que don Ignacio poseía dos castillos feudales. "¿Saben? Es Conde. Conde de Villalba", dijo.

"¿Conde?! Debe de estar forrado en plata" —exclamó Totó.

"¿Y tiene castillo?", preguntó Edelmira.

"Claro que tiene. Y dos, por falta de uno: ambos feudales".

"Cuenta, Gladis, cuenta. ¿Qué hubo de la herencia?", dijo Rigo, mientras comprobaba el filo de su espadita de plata.

"Pues quién sabe", dijo Gladis: "A mí ni me pregunten. El papeleo de la burocracia es igual en todas partes. Creo que falta un documento. Dicen que debe estar en un archivo de Santiago de Cuba. No me preocupa mucho. El Primo Conde se está ocupando del asunto". A partir de ese momento, todos llamaron a don Ignacio por aquel apodo noble y familiar: El Primo Conde. Esa noche, Gladis descorchó tres botellas de vino español y Miriam la cabaretera les cantó un par de rumbas calientes. Hasta el sol del amanecer.

II

"Todo en la vida es en proporción", les dijo Gladis a sus alumnos al explicarles los secretos de la Regla de Tres. Los muchachos advirtieron el cambio. Algo debía haber sucedido durante las vacaciones porque la maestra Villalba les había sonreído por primera vez en todo el curso. Pachito, el líder del grupo, reparó en un detalle revelador: "¿Te diste cuenta, Rebe? La profe se ha teñido las canas", dijo a Rebeca, la líder de la pandilla. "Seño", se atrevió a preguntar la muchacha el día de los primeros exámenes de comprobación: "Si como dicen a cada hombre le tocan seis mujeres, ¿qué pedacito de hombre me toca a mí?". Gladis le respondió en el recreo, muerta de risa:



"Desde los balcones cercanos, sus vecinos la vieron sufrir hasta la medianoche"

"Te toca un rabo... y dos orejas, muchacha, pero con eso basta y sobra para ser feliz".

Cuando Gladis regresó a su departamento, Edelmira la estaba esperando con un cablegrama que esa tarde le había dejado Rigo El Cojo. Como buena chismosa, no hizo ningún comentario ante la víctima de sus calumnias. Edelmira estaba ansiosa, pero supo disimular sus sentimientos. Gladis entró en su casa, se preparó un buen café, dejó oír en el tocadiscos un concierto de Falla y se dispuso a calificar los exámenes. Al rato se acordó del cablegrama. Lo buscó en la bolsa, en la mesita de noche, en los armarios de la cocina, hasta que lo encontró trasapelado entre los exámenes. Al leerlo, dio un grito. Inmediatamente, irrumpieron en su departamento Edelmira la chismosa, Aníbal el cuentero, Totó, Miriam la cabaretera y Teresa la casera.

El barrio en pleno había estado pendiente de aquel alarido. Lo esperaban. Ya todos sabían la noticia, porque la eficiente Edelmira se había encargado de divulgar a los cuatro vientos que El Primo Conde, el abogado José Manuel y la maja de Paloma habían decidido aceptar la invitación de Gladis y, de este domingo en ocho, el mismo 24

de diciembre, llegarían al aeropuerto internacional "José Martí" para pasar en familia las fiestas de Año Nuevo. Gladis se fue a llorar al parque de enfrente. Desde los balcones cercanos, sus vecinos la vieron sufrir hasta la medianoche. "Mujeres del mundo, uníos", gritó Totó.

A la mañana siguiente, Gladis no pudo más y le contó sus penas a Edelmira. Estaba en un callejón sin salida. En España, y sin nada que ofrecer a cambio de tanta nobleza, Gladis no sólo los había invitado a visitar Cuba durante la próxima Navidad ("mi casa es vuestra casa", les dijo) sino que les había dicho un paquete impresionante de mentiras, segura de que nunca podrían descubrirlas. Sólo a una pobre diabla como ella se le ocurriría decir que, en efecto, era profesora de matemáticas, pero no en una Secundaria Básica en La Víbora sino en la centenaria Universidad de San Cristóbal de La Habana, y que vivía en un moderno apartamento (y con Ernesto, su esposo, te imaginas cuando Ernesto se entere, qué va a decir Laura), y que no le faltaba nada, porque si les decía todo lo que necesitaba El Conde Primo de seguro le regala en el acto un televisor a colores, por ejemplo, y un aire acondicionado, y una nevera de esas que hacen



“Todo en la vida es en proporción, les dijo Gladis a sus alumnos”

hielo, y un teléfono inalámbrico. Necesitaba ayuda. Ahora se descubriría la verdad, y ese descubrimiento la desacreditaría ante los ojos de sus parientes. “Prefiero la muerte”, concluyó Gladis con sincero dramatismo. Edelmira la sacó a flote con un argumento poderoso: “Si te quieres morir, muérete, viejita, pero antes cobra la herencia que te deben”. Gladis la miró a los ojos. Edelmira sonrió, y le pasó la mano por la espalda: “Vamos a arreglar este asuntito”.

III

Gladis aplicó la lógica de la Regla de Tres para explicarles a sus aliados la estrategia que ella y Edelmira habían diseñado, paso a paso, en el parque de enfrente. “Si en Madrid El Primo Conde me llevó a la Taberna de Luis Candela, en La Habana yo lo llevo a...”. Miriam concluyó la fórmula: “¡al Tropicana!”. El gran problema era que en La Habana resulta prácticamente imposible separar una mesa en el famoso cabaret. Las empresas turísticas preferían las divisas convertibles a la moneda nacional. El llamado Paraíso bajo las Estrellas

siempre estaba comprometido con delegaciones extranjeras. Miriam prometió encontrar una solución: “El que hace la ley, hace la trampa”, dijo convencida. “¡Todos para uno, y uno para todos!”, exclamó eufórico Totó, y el ocurrente Aníbal añadió: “¡Todos para uno, y uno para todos, o lo que es lo mismo: divide y vencerás!”. A propósito, Aníbal tuvo que prometer que se abstendría de hacer chistes “de gallegos” durante la estancia de los visitantes. Así, en torno a la mesa del comedor de Gladis, declarado Estado Mayor en Campaña de la “Operación Regla de Tres”, se estableció el Plan de Trabajo de la Maniobra. Totó tendría que conseguir un televisor a colores (nadie le preguntaría la procedencia); Teresa, la encargada del edificio, permitiría la conexión directa de una manguera que uniría los tanques de la azotea con las instalaciones sanitarias del baño de Gladis, con el fin de garantizar agua las veinticuatro horas del día (en la zona escaseaba a menudo el precioso líquido); Armando tendría la obligación de transitar con su taxi de alquiler por las calles que, en tiempo y forma, le serían señaladas por el Estado Mayor (el transporte, en el país, era un problema sin solución inmediata); Rigo El Cojo



“En todas las ciudades de Cuba hay dos calles que recuerdan a Santiago”

debería pedirle a su hijo Marianito, estudiante de filosofía, que arreglara las cosas para que Gladis diera una clase de matemáticas en un aula de la Universidad; la propia Miriam ofreció bajar una extensión telefónica desde su departamento hasta el de Gladis, y Rigo El Cojo propuso establecer una clave de timbrazos para evitar equívocos impertinentes; Edelmira, por su parte, sería la responsable de la retaguardia, con la misión de acopiar las cuotas de carnes, viandas, aceites, jabones, detergentes, escobas, palos de trapear, papel higiénico, frijoles y ron de caña, establecidas por la Libreta de Abastecimientos, y asegurar la alimentación balanceada de los huéspedes.

“Gracias, no hace falta tanto sacrificio”, dijo Gladis. En los primeros años de la década de los sesenta, cuando empezaron a escasear en la isla los productos de primera necesidad, Gladis había tenido la precaución de adquirir treinta cajas de jabón Candado, con ciento veinte pastillas cada una, un cargamento que en más de un cuarto de siglo de Revolución apenas había sido reducido a la tercera parte. Para colmo, cuando se casó con Ernesto, los amigos les regalaron cincuenta cajitas de jabón rumano, marca Elena, porque, allá por 1972,

en todo el país sólo se encontraban, en el mercado libre, esos ladrillos de olor. “Gracias”, repitió, “pero jabones tengo”. Cada uno hizo interesantes propuestas. Algunas fueron aceptadas. Otras rechazadas, después de arduas discusiones. Eran mentiras blancas, como se dice. El objetivo no era esconder la realidad económica por la que atravesaba la isla, sino mostrar a los visitantes el mejor de los mundos posibles.

El cubano es así. Si no da lo mejor, prefiere no dar. Todo lo comparte: hasta lo que no tiene. Es parte de su ser generoso, y por generoso, solidario. Una clave fundamental para entender su idiosincrasia. No se trataba de esconder las deficiencias de la Revolución (en la que todos, en distinta medida, creían), sino de mostrar las virtudes de la patria (a la que todos, por distintas razones, adoraban). “Somos pobres, pero decentes”, es una frase que el cubano defendió a capa y espada durante medio siglo de república imperfecta.

“Somos pobres, pero decentes”, dijo Gladis. Por eso todo tenía que marchar como las ruedas dentadas de un reloj suizo. La visita sería planeada hasta en los más mínimos detalles. En medio de las dificultades del país, El Primo Conde, José



"... y tres botellas de Añejo Havana Club que Miriam había resuelto en el Tropicana"

Manuel y Paloma se llevarían de regalo la mejor de las impresiones posibles. "Una semana se pasa bajo una piedra", dijo Anibal. "Manos a la obra", dijeron a coro. Ya se retiraban a cumplir con sus nuevas obligaciones, cuando Totó formuló la pregunta que le puso la tapa al pomo, como se dice en Cuba: "¿Y qué hacemos con Ernesto?"

IV

"Primero muerto", dijo y dio un puñetazo en la mesa. Como era de esperar, Ernesto se negó tajantemente a la farsa de vivir una semana con Gladis, a quien no había vuelto a ver durante los doce años de felicidad que había pasado junto a Laura. Militante del Partido, con un alto cargo en el Ministerio de Justicia, una aventura como ésa podría afectar sensiblemente su imagen pública y su prestigio político. "Primero muerto que deshonrado. No soy bígamo, qué va a pensar Laurita, compañeros", sentenció. Sin embargo, fue la propia Laura quien lo convenció para que ayudara a su vieja amiga. "No somos compañeros, compañeros, somos amigos", dijo Laura: "No hay peligro. Ya no somos unos muchachos, Ernesto: lo que pasó, pasó, es agua corrida; así reparamos de alguna manera el daño que alguna vez le hicimos a la pobre Gladis". Lo que no dijo Laura era que le

fascinaba la idea de pasarse unos días de libertad matrimonial. Después de defenderse como gato boca arriba, Ernesto aceptó el libreto de ser nuevamente el esposo de Gladis pero exigió, por escrito y ante testigos, una condición imperativa: viviría sólo tres noches con su ex esposa y, a la cuarta mañana, se inventaría un viaje a provincia y se saldría del ruedo.

"Dando y dando", sentenció.

"Aceptado", dijo Gladis.

Laura no sólo le prestó el marido para que durmieran en la misma cama, sino que, además, le dio un par de vestidos que Ernesto le había comprado en Moscú, y una vajilla muy fina, con cubiertos de plata. "De París", aseguró. "No tenías por qué molestarte", dijo Gladis. "Para eso son las amigas", se atrevió a decir Laura. Y Gladis le dio un beso. Habían vuelto a ser las de antes. Ernesto echó en una maleta de cuero un par de camisas, un traje azul oscuro y dos guayaberas de hilo, y se dispuso a regresar derrotado a su antiguo hogar. "Amor", le gritó Laura desde el balconcito: "Olvidaste tus pantuflas de lana y tus calzoncillos rosados". Ernesto no era Ernesto sin sus pantuflas de lana y sus calzoncillos rosados. Bien lo sabían Laura y Gladis. También Ernesto.

"Aquí hay gato encerrado", pensó Ana Marista.

Ana Marista, la presidente del CDR, estaba sorprendida. Jamás había logrado que los vecinos de aquel edificio participaran en las tareas de limpieza de la calle. ¡Totó sembrando flores en los canteros del parque! ¡La chismosa de Edelmira barriendo la acera! ¡La ramera de Miriam recogiendo la basura, en compañía de Anibal, el de los chistes contrarrevolucionarios! ¡Gladis y Ernesto, trapeando la escalera! "Esto está muy raro", se dijo. Y decidió investigar el asunto.

V

Gladis y Ernesto ya iban saliendo rumbo al aeropuerto en el taxi de Armando cuando Totó llegó corriendo y sin aliento: "¡Falta el arbolito!", exclamó. Tenía razón. Faltaba el arbolito de Navidad. Edelmira, la jefa de la retaguardia, había conseguido con buenas y malas mañas lo necesario para una "típica cena navideña" (una pierna de cerdo con una prima del campo, dos libras de frijoles con la hermana de la cuñada de Anibal, yuca de la huerta de la comadre de Teresa, una caja de cer-

veza con el administrador de la pizzería donde trabajaba y tres botellas de Añejo Havana Club que Miriam había resuelto en el Tropicana), pero nadie se había acordado del arbolito. “¡Ay!, mi madre. Ocúpate del asunto, Totó”, gritó Gladis desde el taxi en marcha.

Fue un bonito recibimiento, con flores y todo. El Primo Conde, José Manuel y la simpática Paloma estaban felices de pisar, por fin, tierra cubana. Gladis no podía ocultar cierto nerviosismo, pero Ernesto se comportó como un verdadero profesional en artes de protocolo. Salieron del edificio del aeropuerto y Ernesto se adelantó a la comitiva. “Taxi”, dijo con naturalidad. Armando exageró en su papel: detuvo el taxi al instante, descendió con agilidad sospechosa y abrió las puertas a sus “pasajeros”. Por el camino fue contando la historia de cada edificio, de cada barrio, de cada fábrica. Ya frente al edificio, José Manuel preguntó: “¿Y cómo se llama este barrio?”

“La Vibora”, le respondió el taxista.

La primera noche fue un éxito. La cena a gusto, el arbolito espléndido (luego Totó contaría la historia del dichoso arbolito), los amigos y las visitas se comportaron a gran altura. No faltó nada. Bueno, faltaba turrón, pero José Manuel traía de regalo unos exquisitos alicantes españoles, así que la crisis se esfumó por sí sola. Ernesto llevó la voz cantante esa primera noche. Culto, leguleyo, bien informado, hizo un par de preguntas certeras, alguno que otro comentario inteligente, y se metió en un puño al Primo Conde y a toda la parentela. Habló de la Revolución con cierta valentía: sus virtudes y conquistas, sus conquistas y fracasos. Habló de los años difíciles, del odio del enemigo, del sistema de justicia. Miriam, por su parte, habló de la alegría, de los amorosos dioses africanos y terminó cantando un tema de Lecuona. El único momento dramático fue cuando se fueron a dormir, bien pasada la medianoche, y Gladis volvió a vérselas a solas con Ernesto. Suerte que los vinos hicieron efecto y su ex marido se durmió en el acto, con los zapatos puestos. Gladis estuvo en vela toda la noche. Al amanecer, apagó el arbolito.

VI

A partir de este punto, se puso en marcha el plan de acción. Marianito consiguió que cuatro o cinco condiscípulos se quedaran un rato después de un

encuentro de Filosofía Clásica Alemana, y Gladis pudo impartir, durante cinco minutos, una clase magistral de matemáticas. El Primo Conde, José Manuel y Paloma presenciaron, admirados, la función. Edelmira se las ingenió para que la retaguardia asegurase pertrechos suficientes. Comida hubo, y en abundancia. Teresa hizo suya la batalla contra Ana Marista y se las arregló ingeniosamente para confundir a la temible cederista. Totó no sólo consiguió el televisor a colores, sino además un buen equipo de sonido (con una aceptable batería de discos), un radiecito portátil para la mesa de noche de José Manuel y Paloma y un ventilador de techo, “que compré en la tienda de la esquina”, dijo sin que se le notara el tamaño de la mentira. Armando el taxista contó con la ayuda de varios chóferes de su piquera y siempre hubo un taxi disponible en tiempo y forma. Así, los tres primeros días se fueron volando. A la cuarta mañana, como había prometido, voló también Ernesto. “Tengo un viaje a provincia. Asuntos de trabajo”, dijo al Primo Conde, con pena. Lo despidieron a la hora del desayuno y en familia. Ernesto estaba emocionado. La experiencia de vivir aquella aventura le había activado viejos mecanismos del corazón. Había comprendido, sin ya esperar más sabidurías en su vida, que el ser humano es (o puede ser) un tipo formidable, admirable. Había comprendido, además, que su vida junto a Laura era una lujosa porquería. Había comprendido, por si fuera poco, que amaba, de alguna extraña manera, a Gladis, esa insoportable profesora de matemáticas que tenía un corazón de oro. “Adiós”, dijo llorando, o casi llorando.

La primera etapa del plan de acción terminó por todo lo alto, porque Miriam la cabaretera consiguió una mesa en el Tropicana. Fue una buena noche. Ni El Primo Conde ni José Manuel ni la simpática Paloma descubrieron las maniobras de Gladis, Totó, Edelmira y Miriam, que hicieron todo lo que estaba prohibido para garantizar una grata y casi natural estancia en el cabaret más famoso del mundo. José Manuel quedó profundamente impresionado con Miriam. En verdad, no era para menos. Los problemas comenzaron, en serio, cuando El Primo Conde dijo que ya era hora de darse una vuelta por Santiago de Cuba para encontrar el papelito de la herencia.

“Digo, si no hay problemas”, dijo.

Claro que había problemas. El problema más complicado era, a la vez, el más simple: no había ga-



"Encontraron también mucha gente que les brindó su casa"

solina para un viaje tan largo. Rigo se reveló como un mentiroso de primera. Aseguró que podría arreglar el asunto de los documentos (dijo ser abogado de profesión) y se ofreció para acompañarlos en el viaje a Santiago.

"Estás loco", dijo Gladis, en la cocina.

"Vamos hasta Matanzas, y les decimos que es Santiago", dijo Rigo: "Gasolina hay hasta Matanzas. ¡Pues arriba! Soy cartero viejo, y te digo que en todas las ciudades de Cuba hay dos calles que recuerdan a Santiago. Matanzas tiene negros, rumbo de la buena y puerto seguro. ¡Qué más se le puede pedir a Santiago!".

El Primo Conde, José Manuel y Paloma fueron a Matanzas (falso Santiago de Cuba) en el taxi de Armando, en compañía de Gladis y el Doctor Rigo El Cojo, abogado por desesperación. Mintieron grueso durante el camino. Pero la vida les dio una sorpresa tremenda. ¡Y vaya qué sorpresa! Rigo El Cojo fue, por puro trámite, a los archivos de Matanzas y allí encontró el do-

cumento perdido del pariente Villalba, muerto y enterrado en Matanzas en 1898, al término de la Guerra de Independencia de Cuba. El viaje terminó frente al sólido panteón del pariente, en el Cementerio Provincial de Matanzas, donde El Primo Conde pidió rezar, a solas, unos Padrenuestros en honor del glorioso fundador de la familia Villalba.

"Que en paz descanse", dijo Rigo confundido.

"¡Qué chiquito es este mundo!", dijo Gladis.

Al regreso del sofocante viaje, a Gladis le esperaba una nueva sorpresa: una sorpresa con pantuflas de lana llamada Ernesto Martínez Catalá. Ernesto, sí, había regresado.

"Pude adelantar el viaje", dijo feliz: "No, qué va, no resistía estar lejos de ustedes, mi familia".

Gladis tuvo que tragar en seco. Esa noche, los viejos amantes estuvieron conversando hasta muy tarde, solos en la habitación donde alguna vez habían sido felices.

"Que esta pequeña mentira dure lo que dure la mentira grande", dijo Ernesto, e intentó robarle un beso a Gladis. Pero Gladis no se dejó. Al menos esa noche. Entonces surgió una complicación inesperada.

VII

Paloma estaba bañándose con un viejo jabón Cannedo cuando descubrió una chapilla de plástico que aseguraba que la poseedora de ese jabón se había ganado una casa en el reparto Capri. Salió del baño todavía a medio enjabonar, eufórica, envuelta en una toalla, y dio la buena nueva. ¡Una casa en el reparto Capri había sido el sueño dorado de Gladis! Y ese sueño venía a cumplirse cuando ya no podía realizarse. En esta oportunidad tanta era la pena de la profesora que no se le ocurrió mentir. Se le escapó la verdad. Parte de la verdad. Pero esa parte de verdad fue más que suficiente para que José Manuel empezara a sospechar que algo andaba mal en esa casa. Esa tarde, José Manuel y Paloma dejaron una nota a Gladis: "Fuimos a dar una vuelta por la ciudad. Hoy no cenamos en casa". A Gladis se le vino el mundo abajo, como un castillo de naipes.

Quién sabe cómo, José Manuel y Paloma fueron a dar al barrio de Atarés. Y allí se perdieron. Una realidad totalmente diferente les saltó a la vista. Una realidad mucho más cruda, pero tam-

bién mucho más auténtica. Alguien intentó abusar de ellos, de cambiarles dólares a sobreprecio; alguien les ofreció rones, machos y mujeres a buen precio; la ciudad se estaba cayendo a pedazos. Esa verdad era parte de una verdad mayor. Porque en el humilde barrio de Atarés encontraron también mucha gente que les brindó su casa, y quiso compartir con ellos lo poco de nada que tenían. Vieron que a los niños no les faltaban escuelas, y supieron que el cubano tiene una capacidad infinita para la alegría. Tarde en la noche, llamaron por teléfono a casa de Gladis, pero respondió Miriam, desde la extensión. Miriam fue por ellos. Juntos caminaron por la ciudad de noche. Miriam fue sincera. Se los contó todo. Absolutamente todo. “Pero que Gladis, pobrecita, no se entere”, les rogó. “No se enterará”, prometió Paloma.

En efecto: Gladis no se enteró, hasta el último momento, cuando El Primo Conde, en consejo de familia, dijo que ya estaba claro el monto de la herencia.

“Nuestro ilustre antepasado, prima, nos dejó en herencia un lugar donde morirnos”.

“No”, dijeron todos.

“Sí”, dijo don Ignacio: “Somos los felices propietarios de un bonito y confortable panteón en el cementerio provincial de la Siempre Fiel Ciudad de Matanzas”. A la confesión, siguió un silencio espeso. José Manuel fue el primero que rompió a reír. Paloma también rió a carcajadas. Y rieron Edelmira, Totó, Rigo, Armando el taxista. Aníbal no pudo más y aprovechó la ocasión para soltar un chiste de gallegos. Por último rieron Gladis y El Primo Conde. Ernesto propuso un brindis por el Conde de Villalba. “Dime Ignacio”, dijo don Ignacio.

Don Ignacio Mendoza y Villalba confesó, muerto de risa, que en la familia Villalba nunca había existido un Conde, que todo era una mentira que se le había ocurrido para darse importancia. “¡Qué bueno que no seamos Condes, sino simples y maravillosos soñadores!”, dijo don Ignacio a secas.

VIII

Don Ignacio, José Manuel y Paloma se fueron de Cuba en la fecha prevista. Iban felices. Gladis los visitaría el próximo verano. “Te quiero,



“¡Qué bueno que no seamos Condes, sino simples y maravillosos soñadores!”

prima: gracias por todo”, dijo don Ignacio. Por el tono en que dijo gracias por todo, Gladis supo que ellos también sabían de sus mentiras. “Guárdame ese panteón, para cuando me muera”. “No chives, primo”, dijo Gladis. Gladis regresó al barrio. Totó subía al taxi de Armando el televisor a colores, el equipo de sonido y el ventilador de techo. Cada uno se llevaba lo suyo. Todo había terminado.

Gladis entró en su departamento. Vio el arbolito de Navidad encendido. Lo apagó, no sin tristeza. Comenzó a quitar las bolas, una a una. De pronto se detuvo. Vio su rostro reflejado en una de las esferas. Hizo una mueca graciosa. Entonces sintió la presencia de alguien en la sala. Era Ernesto, con sus pantuflas de lana y sus calzoncillos rosados. Estaba bajo el arco de la puerta del cuarto. Ernesto vino hasta ella. Y encendió de nuevo el arbolito. “Vamos, vieja. Creo que, después de todo, nosotros nos merecemos un poquito de felicidad”, dijo. ①